

Rouher, Gladstone, Cánovas, pero ninguno tenía esa opulencia, esa variedad. Recuerden ustedes aquella imagen tan pujante, tan respetuosa del Ángel de la Caridad, bajando despacio con las alas de raso... Es de primer orden.

Ega no se contuvo.

—Ese genio me parece á mí un imbécil.

El conde sonrió como ante una salida de tono de un niño.

—Son opiniones...

Y tendió la mano á Sousa Netto á Darque, á Telles de Gama y otros que se juntaban en rancho íntimo, mientras sus correligionarios, del Centro y de la Cámara, Gonzalo, Neves, Vieira de Costa, rondaban sin poderse acercar al que les debía la cartera. Darque, que era pariente de Gouvarinho, le preguntó qué tal le sentaban los primeros días de Poder. El conde declaró que hasta allí se había limitado á estudiar los elementos con que contaba su partido en Portugal, para saber con qué fuerzas podía contar. En asuntos de trabajo el ministerio era muy desdichado. El presidente, con un catarro, inútil durante una semana; ahora su colega de Hacienda con las fiebres del Aterro...

—¿Está mejor? ¿Ya sale?—preguntaron en torno.

—Está igual... mañana marcha al campo... No está del todo inutilizado... Ayer le decía yo que lo mejor que podía hacer era pasear y descansar de día y luego, por la noche, estudiar con todo reposo los problemas de Hacienda.

Resonó una campanilla. Don José Sequeira anunció que había terminado el descanso y ofreció su brazo á la señora condesa. Esta aceptó, y al pasar junto á Carlos le recordó que los miércoles recibía en su casa. Dijo aquello con la sencillez de un deber. Carlos se inclinó en silencio. Era si como todo el

pasado, el sofá que rodaba, la casa de titi en Santa Isabel, los coches en que ella dejaba su perfume de verbena, lo hubiesen leído en un libro y olvidado ya. Detrás de ella su marido seguía con la cabeza levantada, representante del Poder en aquella fiesta de la Inteligencia.

—Pues hijo, la señora tiene tupé—dijo Ega á Carlos.

—¿Qué quieres? Tuvo su hora de pasión y ahora vuelve á la rutina de la vida.

—Y en la rutina topa á cada instante contigo, que la viste en camisa. ¡Bonito mundo!

Alencar apareció en lo alto de la escalera, con una buena provisión de ginebra en el estómago, con los ojos brillantes, dispuesto á gorgear. El marqués se les juntó, quejándose de que la garganta se le empeoraba cada vez más.

Después, muy serio, mirando á Alencar:

—¡Oye! Eso que vas á recitar ¿es de política ó de sentimiento? Si es de política me largo. Pero si es de sentimiento, de humanidad y del santo operario y del noble trabajo y del honrado sudor, me quedo.

La *Democracia* era cosa de sentimiento. El poeta se quitó el sombrero y hundió los dedos en las greñas inspiradas.

—Creedlo, muchachos... Una cosa no va sin otra... ¡vean sino á Dantón!... Pero yo no hablaré de esos revolucionarios. ¡Vean ustedes á Passos Manoell Es claro, precisa lógica... Pero no hay más remedio que maldecir de una política sin entrañas y sin ideales.

De pronto, en el silencio de la Sala, un vozarrón más tonante que el de Rufino hizo retumbar los grandes nombres de Juan de Castro y Alfonso de Albuquerque... Todos se acercaron á la puerta. Era un tunantón gordo, de barba en punta y camelia en

el ojal, que con un brazo en alto, como si agitase el pendón de las Quinas, lamentaba berreando que nosotros, los portugueses, poseyendo aquel noble estuario del Tajo y tan hermosas tradiciones de gloria, dejásemos perder el viento del indiferentismo, la sublime herencia de los abuelos!...

—Es el patriotismo—dijo Ega,—¡huyamos!

Pero el marqués les retuvo. Gustábale oír un poquito de Quinas. Y fué al pobre marqués á quien el patriota pareció interpelar, irguiéndose y bramando. ¿Quién había ahora que empuñando con una mano la espada y con la otra la cruz saltase sobre el puente de una carabela para llevar el nombre portugués á través de mares desconocidos? ¿Quién era ahora bastante heroico para imitar al gran Juan de Castro que en su quinta de Cintra arrancó todos los árboles frutales por el desdén que merecían á su alma de poeta?

—¡Ese miserable quiere privarnos de postres!— exclamó Ega.

Resonaron alegres carcajadas. El marqués volvió la espalda, aburrido por aquel patriotismo manido y cursi. Otros bostezaban, sintiendo tedio por "todas nuestras glorias."

Carlos, enervado, quería irse al café, cuando de pronto vió á Eusebio. No le viera desde la infamia de *La Corneta*, en la cual ejerció de embajador. Dijo á Ega:

—Voy á aprovechar el tiempo mientras lee Alencar; le arrancaré las orejas á ese bellaco.

—Déjale, es un irresponsable.

Pero Carlos corría ya por las escaleras; Ega le siguió, temiendo una violencia. Cuando llegaron á la puerta Eusebio había tomado por el Carmen. Le alcanzaron junto á Abegoaria. Al ver á Carlos que se

le venía encima sin gabán, de frac, Eusebio, encogido, murmuró con susto:

—¿Tú por aquí?

—¡Oye, imbécil!—rugió Carlos en voz baja.—¿De modo que también te ensuciaste las manos en esa canallada de *La Corneta*? Debía romperte, uno á uno, todos los huesos.

Le había cogido por el brazo, aun sin odio. Pero cuando sintió en su mano fuerte aquella carne fofa y blanda, resurgió en él aquella aversión nunca vencida, que ya de niño hacía que aporrease á Eusebio todas las veces que las Silveiras le traían á la quinta. Entonces le sacudió furiosamente. El pobre viudo, que vió caer sus lentes, rodar su sombrero, bailaba horrorizado, chillando.

Carlos le empujó contra una puerta cochera.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me matan!—vociferaba el infeliz.

Ya la mano de Carlos le apretaba el gaxate. Ega intervino:

—¡Altol! ¡Basta! Nuestro querido amigo ya recibió su dosis...

Él mismo le recogió el sombrero. Temblando, agachado, casi de bruces, Eusebio buscaba el paraguas. Para acabar, la bota de Carlos le tendió en el arroyo lleno de inmundicias.

Nadie presenciara la escena. Ambos volvieron tranquilamente á la fiesta. En el salón de descanso lleno de luz y de plantas, se cruzaron con el patriota de las barbas en punta, se iba al café rodeado de amigos, diciendo:

—¡Voto va! Costó un poquillo; pero les hice vibrar la cuerda.

Ya Alencar estaría gorgeando. Los dos amigos subieron aprisa. En efecto, Alencar estaba en el estrado.

Esbelto, más sombrío destacando sobre aquel fondo de color de canario, el poeta lanzó una mirada lenta y pensativa en torno: y se produjo un silencio ante aquella melancolía y solemnidad.

—¡*La Democracia!*—anunció el autor de *Elvira*, con una pompa de revelación.

Dos veces se pasó el pañuelo por la boca, que después lo dejó sobre la mesa. Y levantando la mano con ademán amplio y lento:

Era n' um parque. O luar
Sobre os vastos arvoredos
Cheios de amor e segredos...

—¿Qué le decía yo?—exclamó Ega, tocando al marqués.—Es de sentimiento... ¡Apuesto á que es el festín!

Era en efecto el festín, ya cantado en la *Flor de Martirio*, festín romántico, en un vago jardín donde circulan los vinos de Chipre, las colas de brocado rozan los macizos de magnolias y de las aguas del lago suben cantos al gemir de los violoncellos... Pero bien pronto reapareció la severa idea social de la Poesía. Cuando bajo la verde fronda todo son risas, brindis, lascivos murmullos, fuera, junto á las doradas gradas, una mujer macilenta, haraposa, llora pidiendo pan para su hijo... Y el poeta, echándose atrás los cabellos, pregunta porque aun hay hambrientos en el siglo XIX. ¿De qué sirvió, pues, desde Espartaco, el esfuerzo desesperado de los hombres en demanda de Justicia é Igualdad? ¿De que la cruz del gran Mártir levantada en el otero, donde, por entre los abetos

Os raios do sol se somem,
O vento triste se cala...
E as aguias revoltando

D' entre as nuvens estás olhando
Morrer o filho do Homem!

La sala permanecía muda y desconfiada. Y Alencar con los brazos al aire, se desolaba de que todo el genio de las generaciones fuese impotente para dar pan á un niño que llora!

Martyrio do coração!
Espanto da consciencia!
Que toda humana sciencia
Não solva a negra questãol
Que os tempos passem e rolem
E nenhuma luz assome,
E eu veja d' um lado a fome
E do outro a indigestãol

Ega se retorció, riendo, decía que reventaba. “¡*E d' outro a indigestãol!*” ¡Nunca en las alturas líricas, se había dicho nada tan extraordinario! Y muchos sujetos graves sonreían de aquel realismo sucio. Un gracioso recordó que el bicarbonato de potasa era infalible para las indigestiones.

Pero todo enmudeció ante un *psit* terrible del marqués que se había quitado la bufanda, enternecido por aquel sentimentalismo poético. Entretanto Alencar había hallado el remedio del padecimiento humano! Una Voz se lo indicó. ¡Una Voz salida del fondo de los siglos, que á través de ellos había ido engrosando, desde el Gólgota á la Bastilla! Y entonces, con un arranque de precursor y una firmeza de soldado, como si la mesa de caoba fuese un púlpito y una barricada, Alencar, alzando la frente con una audacia á lo Dantón, soltó el deseo pavoroso. ¡Alencar quería la República!

Sí, la República. No la del terror y del odio, sino la de la mansedumbre y la del amor. Aquella en que el millonario, sonriendo, abre los brazos al obrero,

Aquella que es aurora, consolación, refugio, estrella
mística y paloma...

Pomba da fraternidade,
Que estendendo as brancas azas
Por sobre os humanos lodos,
Envolve os sens filhos todos
Na menna santa igualdade!...

Arriba, en la galería, resonó un bravo ardiente. Inmediatamente, para sofocarlo, algunos individuos serios lanzaron aquí y allá: "chist! Silencio!," Entonces Ega levantó las manos flacas y berreó con atrevido ímpetu:

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Bravo!

Y pálido de su audacia, declaró á sus vecinos:

—¡Esta democracia es absurda; pero que los burgueses se muestren intolerantes, eso no! ¡Entonces yo aplaudo!

Y sus manos se levantaron bien altas junto á las del marqués que retumbaban como martillos. Entonces, otros, no queriendo mostrarse menos democráticos que Ega y aquel hidalgo tan linajudo, aplaudieron con calor. En la sala ya se volvían los ojos con inquietud hacia aquel grupo revolucionario. Pero reinó nuevo silencio cuando Alencar preguntó en airadas estrofas por qué se recelaba, por qué se temía el advenimiento de la República. ¿Era el pan dado al niño? ¿Era la mano justa extendida al proletario? ¿Era la esperanza? ¿Era la aurora?

Receaes a grande lux?
Tendos medo do Abecéf...
Então castiga quem lá,
Voltai a plebe soez!
Recuai sempre na Historia,
Apagai o gaz nas ruas,
Deixai as crianças nuas,
E venha a forca outra vez!

Estallaron palmas sinceras en la sala, que cedía por fin al encanto de aquel lirismo humanitario y sonoro. Ya no se pensaba en la República ni en sus peligros. Los versos sonaban cantantes y claros y su amplia oleada arrastraba los espíritus más positivos. Bajo aquella onda de simpatía, Alencar sonreía, con los brazos abiertos, anunciando una á una, como perlas que se sueltan, todos los dones que traería la República. Bajo su bandera, no roja sino blanca, veía la tierra cubierta de campos, todas las hambres acalladas, las naciones cantando satisfechas bajo la mirada risueña de Dios. ¡Sí, porque Alencar no quería una República atea! ¡La democracia y el cristianismo, como un lirio que se enlaza á una espiga, se completaban abrazándose! La roca del Gólgota se convertía en la tribuna de la Convención. Y para tan alto ideal no eran menester cardenales, ni misales, ni novenas, ni iglesias. La República, toda fe y pureza, rezaba en los campos; la luna llena es la hostia; los ruisefiores entonan el *tantum ergo* en las ramas de los laureles. Y todo prospera, todo refulge; al mundo del conflicto sucede el mundo del amor...

A espada succede o arado,
A justiça ri da morte,
A escola está livre e forte,
E a Bastilha derrocada,
Rola a tiara no lodo,
Brotou o lirio da igualdade,
E uma nova humanidade
Planta a cruz na barricada.

Una franca y estruendosa salva de aplausos hizo oscilar la llama del gas. Era la pasión meridional por el verso, por la sonoridad, por el liberalismo romántico, por aquella república en la cual había ruisefiores! Y cuando Alencar llamó la paloma de la demo-

cracia á la tierra entre fulgores incomparables, ún enternecimiento bañó las almas, un éxtasis se apoderó de los espectadores. Las señoras se conmovían; por el salón abrasado pasaban frescuras de capilla. Y ya nadie sabía si la que se invocaba era la Diosa de la Libertad ó la Virgen de los Dolores.

Alencar la veía descender, esparciendo un perfume. Ya tocaba con sus pies divinos los valles humanos. Ya de su seno ubérrimo rebosaba la abundancia universal. Todo florecía; se rejuvenecía:

As rosas têm mais aroma!
Os fructos têm mais doçura!
Brilha a alma clara e pura,
Soita de sombras é veos...
Foge a dôr espavorida,
Foi-se a fome foi-se a guerra,
O homens canta na terra,
E Christo sorri nos cêos!...

Estalló una aclamación inmensa y ronca, conmoviendo las paredes de color de canario. Mozos exaltados subieronse á las sillas agitando los pañuelos, y el poeta, trémulo, exhausto, rodó por la escalera hasta los brazos que se le tendían estremecidos. El se ahogaba, murmuraba: "¡hijos! ¡muchachos!..." Cuando Ega corrió con Carlos, gritando: "Fuíste extraordinario, Tomás!," las lágrimas saltaron de los ojos de Alencar, trastornado por su emoción.

Y continuó la ovación por los corredores. Poco á poco levantaba la cabeza con altivez, sonreía, mostrando los dientes sucios, sintiéndose el poeta de la democracia, con la misión de salvar almas. Cuando Telles de Gama le dijo que había estado inspiradísimo, Alencar, ya tonto, balbuceó: "*Sursum corda*, Telles, *sursum corda!*"

Ega andaba buscando á Carlos, que no parecía

por lado alguno. Alguien le dijo que estaba en el café; otro que se había marchado.

Ega no sabía si esperar el final de la fiesta. En aquel momento bajaba Gouvarinho dando el brazo á la condesa. Al preguntarle Ega la impresión que le produjo la poesía, dijo:

—¡Versos admirables, pero indecentes!

Al subir al coche, añadió:

—En una fiesta de sociedad, bajo la protección de la Reina, delante de un ministro de la Corona, hablar de barricadas y prometer el oro y el moro á los obreros... ¡Es indecente!

Arrancó el coche y el flamante ministro se alejó mascullando pestes contra la democracia poética.

Ega iba á subir cuando le cogió el marqués que venía huyendo de un poeta bigotudo que cantaba en numerosas redondillas las excelencias de unos ojos garzos. Cruges salió también, y con él fué Ega á tomar su *grog* al Gremio.

El marqués subió á un coche y ellos se fueron á pie.

Pasaban por la puerta del *Hotel Alliança* cuando Ega oyó que alguien trataba de alcanzarle y decía: "¡Señor Ega! Haga el favor!..."

Se detuvo; reconoció las barbas del señor Guimaraes.

—Perdone usted—exclamó el demagogo jadeante.

—Pero le vi bajar y tenía que decirle dos palabras, porque me voy mañana...

—Perfectamente. Cruges, ve andando; ya te alcanzo.

El maestro se paró en la esquina del Chiado. El señor Guimaraes pedía de nuevo disculpa. Además, eran sólo dos palabras...

—Usted, según me dijeron, es muy amigo del señor Carlos de Maia... Son como hermanos...

—Sí, muy amigos...

La calle estaba desierta y alumbrada sólo por unos faroles de la puerta de la Trinidad. La noche oscura y la alta fachada de la *Aliansa*, proyectaba sobre ellos una sombra todavía mayor. El señor Guimaraes, para mayor seguridad aun, bajó la voz:

—He aquí de qué se trata. Usted sabe, ó quizá no lo sepa, que yo fui en París íntimo de la madre del señor Carlos de Maia. Usted tiene prisa y no viene ahora á propósito esa historia. Baste decirle que hace años ella me entregó para que se lo guardara un cofre que, según decía, contenía papeles importantes... Después, naturalmente, ambos tuvimos muchas otras cosas en qué pensar; los años corrieron y murió ella. Sólo una palabra más, porque usted tiene prisa: yo conservo aun ese depósito y lo he traído por casualidad ahora... En el teatro se me ha ocurrido la idea de que lo mejor es que aproveche la ocasión para entregarlo á la familia Maia...

Cruges gritó, impaciente:

—¿No vienes?

—¡Un instante!—exclamó Ega, interesado ya por aquellos papeles y por el cofre.—Ve andando.

Entonces el señor Guimaraes dijo á Ega, en pocas palabras, que como sabía la intimidad del señor Juan de Ega con Carlos de Maia, celebraría que se encargase él de restituir el cofrecito á la familia...

—¡Perfectamente! Yo vivo en la misma casa de los Maias, en el Ramillete.

—¡Ah, muy bien! Entonces lo mejor es que usted envíe mañana á un criado de su confianza á buscarlo... Me tiene usted en el *Hotel de París*. Pero aun es mejor que lo lleve yo mismo...

—¡No, no, mandaré un criado!—dijo Ega, extendiendo la mano al demócrata.

Este se la estrechó con calor.

—¡Le quedo agradecido! Junto con el cofrecito, le daré una tarjeta, y usted, de mi parte, hace la entrega á Carlos de Maia ó á su hermana.

Ega hizo un movimiento de asombro:

—¡A su hermana!... ¿Qué hermana?

El señor Guimaraes contempló á Ega también extrañado.

—¿A qué hermana? A la hermana de Carlos, la única que él tiene, ¡á María!

Cruges, ya fastidiado, gritó desde la esquina;

—Bueno, yo voy andando hacia el Gremio.

—¡Hasta luego!

El señor Guimaraes, entre tanto, pasaba los dedos enguantados por su larga barba, mirando á Ega con insistencia. Y cuando Ega le enlazó por el brazo, pidiéndole que continuaran conversando un poco hasta Loreto, el demócrata dió los primeros pasos con desconfianza y lentitud.

—Me parece—decía Ega, sonriendo, pero algo nervioso—que aquí hay una equivocación. Yo conozco á Maia desde niño, vivo en su casa y puedo asegurarle que no tiene ninguna hermana...

Entonces el señor Guimaraes comenzó á balbucear unas disculpas, embarullándose y poniendo en mayor confusión á Ega. El señor Guimaraes creía que no era ningún secreto, que todas esas cosas de la hermana estaban olvidadas desde que hubiera reconciliación...

—Como ví aun no hace muchos días al señor Carlos de Maia con su hermana y con usted en el mismo carruaje en el muelle de Sodré...

—¡Cómo! ¡Aquella señora! ¿La que iba en el coche?

—Sí—exclamó el señor Guimaraes irritado, harto ya de la confusión en que se enredaran.—Aquella misma, María Eduarda Monforte, ó María Eduarda

Maia, como quiera llamarla usted, á quien yo conocí de pequeña, á quien yo llevé al cuello muchas veces, que huyó con Mac-Gren, que estuvo después con el bruto de Castro Gomes... ¡La misma!

Habían llegado ya á la mitad de Loreto y se hablaban bajo uno de los faroles. El señor Guimaraes se paró de pronto, viendo el terror retratado en los ojos de Ega y cubierta su cara de una palidez mortal.

—¿Pero usted no sabía nada de eso?

Ega respiró con fuerza y no respondió. Entonces el otro, embarazado, terminó por encogerse de hombros. Bien, veía que había cometido una tontería. La gente nunca se debía mezclar en los negocios ajenos. ¡Se acabó! Imagínese el señor Ega que aquello fué una pesadilla, después de la velada del teatro. Pedía disculpa sinceramente y le deseaba al señor don Juan de Ega muy buena noche.

Ega, como á la claridad de un relámpago, vislumbró toda la catástrofe: y se agarró ansiosamente al brazo del señor Guimaraes temeroso de que se le escapase, de que desapareciese, llevándose para siempre aquellos papeles, el cofre de Monforte, y con ellos las pruebas ciertas que ahora anhelaba. Y á través de Loreto, vagamente fué balbuciendo disculpas, queriendo justificar su emoción, para tranquilizar á aquel hombre y poder lentamente arrancarle aquellas cosas, las pruebas, la verdad entera.

—El señor Guimaraes comprenderá... Estas cosas son muy delicadas y yo las suponía absolutamente ignoradas de todos... De manera que quedé sorprendido, atontado, cuando oí hablar de ellas con esa sencillez... Porque, en fin, aquí para los dos, esa señora no pasa en Lisboa por hermana de Carlos.

El señor Guimaraes extendió la mano haciendo un amplio ademán. ¡Ah, bien! Ya comprendía. Ha-

bía hecho el señor Ega perfectamente. Eran en verdad cosas muy serias y necesitaban toda clase de velos. Ahora comprendía por qué Ega no le hablara claro... Y realmente, dada la posición de los Maias en Lisboa, en la sociedad, aquella señora no podía presentarse como hermana...

—¡Pero la culpa no la tuvo ella, querido señor, sino la madre, aquella extraordinaria madre á quien el Diablo tenga!...

Bajaban al Chiado. Ega se paró un momento, devorando al viejo con los ojos llenos de fuego.

—¿El señor Guimaraes conoció mucho á esa señora, la Monforte?

Intimamente. Ya la conociera en Lisboa, muchos años atrás, como mujer de Pedro de Maia. Después vino la tragedia, y ella huyó con el italiano. El fué también á París entonces, con una tal Clemencia, una costurera de Levaillant; pero mezclándose unas cosas con otras, negocios y desgracias, fué el caso que allí se quedara para siempre! En fin, no era su vida lo que le iba á contar... Más tarde encontraría á la Monforte, una noche, en el baile Laborde: y de ahí databan sus relaciones. En ese tiempo el italiano muriera en un desafío y el viejo Monforte espichara de una enfermedad de vejiga. Ella estaba entonces con un muchacho llamado Trevernes. Era una mujer extraordinaria. No se avergonzaba de confesar que le estaba obligada. Cuando esa muchacha, Clemencia, enfermó del pecho, la Monforte le traía flores, frutas, vino, la velaba como un ángel... Esta, la hija, doña María, tenía entonces siete ú ocho años y era linda como un amor. Tuvo otra pequeñuela del italiano, muy bonita también, pero murió en Londres...

—A esta María la llevé muchas veces en brazos,
Maias—Tomo III—8

le compré una muñeca que hablaba, que decía Napoleón. Después, cuando estaba en un convento de Tours, fui dos veces á verla con su mamá... Cuando huyó con el irlandés, su madre quería que yo llamase al comisario de policía. Por fin hicieron las paces y hasta vivieron juntos.

Un suspiro cansado se escapó del pecho de Ega, que preguntó:

—Y esta señora, está claro, no sabía entonces de quién era hija...

El señor Guimaraes se encogió de hombros.

—¡Ni sospechaba siquiera que existiesen los Maias en la tierra! La Monforte le decía siempre que su padre era un hidalgo austriaco con quien ella se casara en Madera... Era una loca, señor, una loca.

—¡Es horrible!—murmuró Ega.

Guimaraes comprendía por otra parte que la Monforte no podía decirle la verdad. Era duro confesar á su hija: "¡Huí de tu padre y él se mató á causa de esto!". No tanto por la cuestión del pudor, puesto que las dos tenían amantes, sino por lo del tiro, el cadáver, la sangre...

—A mí mismo—exclamó el señor Guimaraes—no me habló nunca de su marido ni de Portugal, y un día que aludí á un caballo que ella acostumbraba montar en Portugal, se enfadó y gritó hecha una furia:—*¡Dites donc, mon cher, vous m'embêtez avec ces histoires de l'autre monde!*... ¡Con efecto, bien podía decir que eran historias del otro mundo! Para acabar, estoy convencido de que en los últimos tiempos ella misma creía que Pedro de Maia no había existido... Una insensata. Finalmente hasta se embriagaba... Tenía gran corazón y se portó muy bien con Clemencia. *Parce sepultis.*

—Es horrible—murmuró otra vez Ega, quitándo-

se el sombrero y pasándose la mano trémula por la cabeza.

Pero ahora su único deseo era acumular pruebas, detalles. Habló de aquellos papeles, de aquel cofre de la Monforte. El señor Guimaraes no sabía qué contenía el uno ni qué decían los otros, y no se admiraría de que no tuviesen valor alguno, de que no fuesen más que cuentas de la modista ó trozos viejos del *Figaro* en que se hablara de ella...

—Es una cajita pequeña que la Monforte me dió la víspera de partir para Londres con la hija. Era en tiempo de la guerra... María vivía ya con el irlandés y tenía una niña, Rosa. Después vinieron la Commune, todos aquellos desastres. Cuando la Monforte volvió de Londres yo estaba en Marsella. Fue entonces que la pobre María se enredó con Castro Gomes, según creo para no morir de hambre. Regresé á París, pero no ví más á la Monforte, que estaba ya muy enferma... A María, que vivía ya entonces con ese animal de Castro Gomes, un pedante, un *rastaquouère*, carne de guillotina, no volví tampoco á hablar más. Si la encontraba, la saludaba de lejos, como el otro día, cuando la ví en el coche con usted y con su hermano... De modo que me quedé con los papeles, y á decir verdad con todas estas cosas de la política, no me había acordado más de ellos. Ahí están, ahora, á disposición de la familia.

—Si no fuera molestia para usted,—dijo Ega,—pasaría yo ahora por su hotel y me los llevaría conmigo...

—Molestia, ninguna. Nos viene de paso y así el asunto queda terminado.

Siguieron andando silenciosos. El sarao debía haber concluido á juzgar por el ruido de carruajes que llegaba al Chiado. Junto á ellos pasaron dos seño-

ras, acompañadas de un muchacho que hablaba en voz alta de Alencar. El señor Guimaraes sacó lentamente la petaca del bolsillo; después, parándose para encender un fósforo, preguntó:

—Entonces, doña María pasa simplemente por pariente... ¿Y cómo supo ella? ¿Cómo fué eso?

Ega, que caminaba con la cabeza baja, se estremeció y comenzó á tartamudear una historia confusa de que él mismo se avergonzaba en la sombra. Sí, María Eduarda pasaba por pariente. Fué el procurador quien lo descubriera. Ella había roto con Castro Gómez, con todo el pasado. Los Maias le pasaban un tanto y vivía en los Olivares, muy retirada, como hija de un Maia que muriera en Italia. Todos la querían mucho. Alfonso de Maia profesaba gran cariño á la pequeña...

De repente, indignado con estas invenciones, en las que mezclaba el nombre del noble viejo, exclamó como si se avergonzase:

—¡En fin, no sé, un horror!

—¡Un drama!—resumió gravemente el señor Guimaraes.

Como habían llegado ya al *Hotel*, rogó á Ega que esperase un momento, mientras subía por los papeles de la Monforte.

Cuando quedó solo, Ega, alzó las manos al cielo, en un dasahogo mudo de aquella angustia en que caminaba, como un sonámbulo, desde Loreto. Su única sensación, bien clara por cierto, era la indestructible certeza de la historia de Guimaraes, completa, sin lágrimas, sin faltar un solo detalle. El hombre conociera á María Monforte en Lisboa, mu-
jer aun de Pedro de Maia, brillando en su caballo alazán; la encontrara en París, después de huir por la muerte de su primer amante, viviendo con otros; llevara entonces en brazos á María Eduarda... Y

desde entonces no dejara más de ver á ésta, de seguirla: en París, en el convento de Tours; en Fontainebleau con el irlandés; en brazos de Castro Gómez; en un coche de plaza, en fin, con él y con Carlos de Maia, hacía pocos días, en el muelle de Sodré. Todo esto se encadenaba, concordando perfectamente con la historia contada por María Eduarda. Y por encima de todos resaltaba este hecho cierto y monstruoso: ¡Carlos amante de su hermanal

Guimaraes no bajaba. Una luz viva apareció en una ventana abierta del segundo piso. Ega comenzó á pasear lentamente á lo largo de la calle. Poco á poco se apoderaba de él la duda, se resistía á creer aquella catástrofe de melodrama. ¿Era acaso verosímil que aquello ocurriese con un amigo suyo, en una calle de Lisboa, en una casa alquilada á la madre de Cruges?... No podía ser. Esos horrores sólo se producían en la confusión de la sociedad, en los tiempos tumultuosos de la Edad Media. Pero en una sociedad burguesa, con buena policía, bien regida, garantida por tantas leyes, con tantos registros de nacimientos, con tantas certificaciones de casamientos, no podía ser en manera alguna! ¡No! No era posible en el modo de ser de la vida contemporánea, que dos criaturas separadas por una locura de la madre, después de dormir un instante en la misma cuna, crecieran en tierras distintas, se educasen y acabaran sus destinos por juntarlos en el mismo punto, en un lecho de concubinaje! ¡No era posible, no! Tales cosas son propias únicamente de los libros, donde se ven como invenciones sutiles de arte, para dar un terror nuevo al alma humana... Después alzaba los ojos hacia la ventana iluminada, detrás de la cual seguramente rebuscaba el señor Guimaraes los papeles de la maleta. Allí estaba aquel hombre con su historia, en la que no había una con-

tradición que pudiera hacer dudar! Aquella luz, brillando arriba, parecía á Ega aclararlo todo, penetrar poco á poco en el lamentable acontecimiento y mostrar todas sus fases, la lenta evolución que había tenido. Sí, todo aquello era probable en el fondo. Esa criatura, hija de una señora que se la llevara consigo, crece, llega á ser mujer y, ya amante de un brasileño, viene á Lisboa, habita en Lisboa. En un barrio vecino vive otro hijo de aquella señora, por ella dejado allí, crece también y es ya asimismo un hombre. Por su figura y por sulujo llama él la atención en esta ciudad provinciana y pretensiosa. A su vez ella, hermosa, alta, espléndida, vestida por la Laferrière, flor de una civilización superior, sobresale en aquella multitud de mujeres insignificantes y morenas. Baixa y Aterro, son dos pequeños paseos, donde todos se codean y allí, los dos fatalmente se cruzan en su camino y con su brillo personal se atraen fatalmente. ¿Hay nada más sencillo? Si ella fuese fea, si vistiera con pésimo gusto ropa barata de tienda de confecciones de América, y si él fuera un mocito encogido, con sombrero en forma de coco, no se fijaran uno en otro y siguieran diversamente sus destinos contrarios. Mas de otro modo, el conocerse era seguro y el amarse más que probable... Y un día, el señor Guimaraes, viene á Lisboa y estalla la terrible verdad.

El señor Guimaraes apareció en la puerta del hotel, con un pequeño bulto en la mano.

—No podía dar con la llave de la maleta, perdóneme! Siempre ocurre lo mismo cuando hay prisa... ¡Aquí tenemos el famoso cofre!

—¡Perfectamente, perfectamente!

Era una caja que parecía de cigarros y que el demócrata había envuelto en un número viejo del *Rappel*. Ega se la metió en el amplio bolsillo de su

gabán é inmediatamente, como si ya cualquiera otra palabra entre ellos fuese excusada, extendió la mano al señor Guimaraes. Pero éste insistió en acompañarle hasta la esquina de la calle del Arsenal á pesar de que debía marcharse al día siguiente. La noche, para quien venía de París, tenía una dulzura oriental y además, él, con sus hábitos de periodista, nunca se acostaba si no tarde, á las dos ó las tres de la madrugada...

Entonces, caminando despacio, con las manos en los bolsillos y el cigarró entre los dientes, volvió á hablar de política y del sarao. La poesía de Alencar (de que tanto esperara dado su título *La Democracia*) parecióle considerablemente sosa.

—Mucha flor, mucha dulzura, mucha libertad y ni un solo ataque en forma, ni una buena estocada á esta corrompida monarquía, á esta corte llena de vicios... ¿No es verdad?

—Sí, con efecto...—murmuró Ega mirando si á lo lejos descubría un coche.

—¡Y como los periódicos republicanos de aquí... Todos son lo mismo, hinchados, populacheros!... Es lo que yo les digo. “¿Pero almas de diablo, porque no tratáis de las cuestiones sociales?”

Afortunadamente avanzaba un coche, rodando despacio, por el lado de Terreiro de Paço. Ega, precipitadamente, dió un apretón de manos al demócrata, deseóle un “buen viaje,” y gritó al cochero que le llevara al Ramillete. Pero el señor Guimaraes, aun se cogió á la portezuela para aconsejar á Ega que fuese á París. Ahora que eran amigos, él lo presentaría á toda aquella gente... ¡Y el señor Ega vería! No era como aquí, no había aquella ridícula *pose* portuguesa, la *pose* de aquellos imbéciles, de aquellos pobretones pretensiosos, que se daban aires de importancia retorciéndose los bigotes. Allí, en la